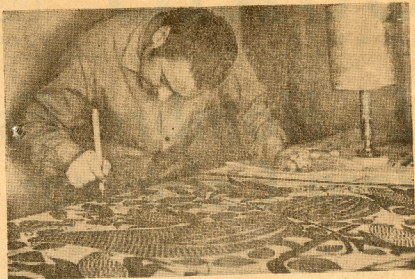


CRITICA DE ARTE.—

Veinte Artesanos Contemporáneos

Héctor Herrera, que expone sus tapices pintados, en Las Condes.



En las salas del Instituto Cultural de Las Condes se realiza en estos momentos una exposición de artesanía. Son veinte las personas que forman el grupo expositor que pretende, según parece, ser un trazo de unión entre el mundo de los objetos cotidianos fabricados en serie y el mundo más jerarquizado del arte en sí.

La palabra "artesanía" es en estos momentos un poco equívoca. La invasión del universo del objeto y su vulgarización relega las actividades artesanales a la zona de las curiosidades, cuando no impele a ciertos artesanos a industrializar su arte haciendo "folklore a la cadena" y objetos típicos "made in Chile".

Las fronteras de los géneros —por otra parte— se han borrado. ¿Cuándo un objeto pertenece al mundo artesanal? ¿Cuándo al mundo artístico? Los límites son difíciles de establecer. Además, en nuestro tiempo el concepto de "valor" ha derrumbado muchos "tabúes". Las cosas valen por lo que son o por cómo son.

Dejémosnos de ciertos mitos. Quienes pintan o quienes esculpen son pintores y son escultores, pero no son necesariamente artistas. La sensibilidad, el lirismo, la fantasía, la capacidad inventiva no exigen por fuerza el dominio de una determinada técnica. Herrera Guevara era sin duda uno de nuestros pintores de técnica más frágil, pero intuitivo, como pocos artistas, los problemas más hondos de la creación.

Del mismo modo podría decirse que entre una pintura repetida y amanerada de cualquier expositor que año tras año nos muestra los mismos aburridos paisajes en las Salas del Banco de Chile o en alguna otra galería, o unas cerámicas de Rita Grob, de Jaime Iver, de Lautaro Valenzuela y unos gallos de cobre de Jorge Saureé, la elección, por lo que a mí respecta, no es dudosa.

Me quedo con los cacharros de greda, de tan exquisito gusto, de tan reveladora sensibilidad creadora, o con los pomposos gallos, tan ricos de ornamentación, que parecen seres fabulosos con gualdrapas, y de los consabidos paisajitos.

Los veinte expositores de Las Condes son sólo una parte de los "artesanos" que, a partir de las enseñanzas de José Perotti —el gran precursor chileno—, se han ido formando entre nosotros. El magisterio de Perotti está ya lejos, mas no sus consecuencias y sus enseñanzas, su ejemplo, su fervor y su buen gusto. Sin ellos estas exposiciones no habrían sido posibles.

Las actuales promociones se han formado en el ambiente que el maestro supo suscitar. Este ambiente perdura y hoy es una realidad tangible.

En la exposición figuran tejidos de distintas técnicas, de exquisito refinamiento y colorido armonioso, de Paulina Brugnoli, Rosa Lloret, Héctor Herrera e Inge Dusi cerámicas de Rita Grob, Waltraud Petersen, cruces y joyas de Juan Reyes.

Estos objetos están muy lejos de la intención folklórica. Hay varias razones que desmenten esa intención. Una de ellas la ausencia del anonimato. Las obras destacan al individualizarse como únicas. Por otra parte su esteticismo destaca sobre los propósitos popularistas. Una greda de Chillán es muy bella, pero carece de carácter personal y es múltiple. Un objeto artístico de Alicia Cáceres, aunque acusa algunos reflejos de la platería araucana, es único y está ideado como objeto de creación individual.

Además de las pantallas de cerámica, de los gallos de cobre ornados de piedras semipreciosas y las cruces, el envío de Gonzalo Medina con obras realizadas en madera y que son como de metal, ofrece un particular interés, sobre todo los relojes. Además de lograr bellos efectos —candelabros— revela extraordinaria maestría. No es menos la de Héctor Herrera, cuyos tapices de intrincados arabescos y de entrañable temática se consagraron con entera justicia al hermanarse en lirismo y gracia con la poesía merudiana de "Arte de pájaros". Hermano Poeta, pudo decirle el vate.

En definitiva, una valiosa y alegre exposición.

Antonio R. Romera